



GALLARDO

Derecha peligrosa

SE DABA POR descontado que la izquierda acarreaba con la mayor parte del peligro, pero ahora proviene de la derecha

XAVIER BRU DE SALA - 03:16 horas - 03/04/2004

Al volver de los funerales de Estado de las víctimas del 11-M, el president Maragall exhibía en el Parlament la frase que le susurró a Aznar, en respuesta al ciudadano que, en plena catedral de la Almudena y ante los oídos del mundo, le había hecho responsable de la muerte de sus seres más próximos y queridos: "Es una injusticia". A fin de zafarse de posibles críticas –Maragall es uno de nuestros políticos más inteligentes, junto a Pujol, Roca, Serra y Montilla–, convirtió por un momento en sinónimos las palabras "responsables" y "culpable". Nunca han estado tan lejos de serlo como en boca del que gritó a Aznar responsable. Y Maragall lo percibió, pero le puede el deseo de hacerse querer, no sólo por encima de las discrepancias, sino por más allá de la propia verdad. Si la nitidez se ve comprometida por sus juegos de palabras, los pocos que se den cuenta tampoco serán capaces de hacérselo entender a los que, por formación o naturaleza, no poseen un entendimiento tan sutil como el suyo. El ciudadano, que se guardó mucho de culpabilizar a Aznar pero sí le responsabilizaba de meternos en la boca del lobo, estaba en lo justo.

Nunca pararemos de encontrar diferencias insalvables entre derecha e izquierda. Una de las mejores: mientras la razón suprema de la izquierda está en tener siempre razón, por principio y por más que cambie de opinión, la derecha basa su razón en algo tan externa a ella, a su mismo ideario, como los resultados. Otra: en el binomio maquiaveliano entre temor y amor al poder por parte de los súbditos, la derecha antepone el temor, y presume que el amor es su consecuencia natural, mientras que el líder de izquierdas sólo confiesa querer ser amado, y relega el temor al deseo, presente en todo amador, de no defraudar las expectativas, a menudo nebulosas, del poderoso ser amado. En otras palabras, la presión de su poder sobre el que está debajo es directa en la derecha e indirecta en la izquierda, siendo similar el resultado, y el peso, en quien la sufre.

De tanto que nos hemos hartado de oírla, es casi dogma de fe democrática la especie de que el ideario de la izquierda se desmoronó con la caída del muro de Berlín, y que su única salida estaba en unos cambios, tan profundos como improbables, del orden mundial, y del modo de producción imperante, economía del crecimiento incluida, que se preconizan en Porto Alegre. Por lo que la izquierda está condenada a ser la versión edulcorada de la derecha.

Vaya noticia, como si no lo supiéramos desde que Cicerón se enfrentó a Catilina, eminente precursor del cesarismo o, si no quieren ir tan lejos, desde la formulación de las doctrinas socialdemócratas, que cuentan con un siglo de existencia triunfal. Pues vaya.

Pero he aquí que, ya en nuestro tercer milenio, se ha producido un cambio fundamental, capaz de inclinar por sí solo la balanza hacia la izquierda. En toda sociedad avanzada, el curso de los acontecimientos, y el de las ideas a ellos ligadas, se las arregla de un modo u otro –y a menudo de modo sorprendente– para favorecer con novedades o mediante insospechados vericuetos la ley, natural y consustancial, de la alternancia democrática. ¿Cuál es entonces la novedad o vericuerdo que en el presente inclina la balanza hacia la izquierda del sistema? El cambio de lado del peligro. De algún modo se daba por seguro, también desde el progresismo, que la izquierda acarrea con la mayor parte del peligro, o si quieren de los riesgos, cuando no todo, mientras el conservadurismo de la derecha equivalía a mayor seguridad y rechazo de todo lo que oliera a aventura, o inclusive a experimentación. Pues bien, la mayor parte de la ciudadanía, no ya la europea sino también la norteamericana, percibe ahora que el peligro, o el mayor peligro, proviene de la derecha. Por si no bastara con la masacre de Madrid, la orientación del debate de la comisión del 11-S así lo certifica. Hoy, lo menos inseguro son los permanentes pequeños retoques y tanteos posibilistas de la izquierda.

Al liarse la manta al cuello e insistir en la inminencia del peligro de hecatombe masiva, no sin razón pero sí con cierta exageración, salvo en España, a la luz de la limitada capacidad de destrucción que ha demostrado el terrorismo islamista, la derecha, creyendo que juega aun así un as a su favor, no hace más que incrementar su descrédito a los ojos de la mayoría. El terrorismo existe y mantiene propósitos que resultan peligrosos o muy peligrosos para la estabilidad y la tranquilidad de todo Occidente, no hace falta que nos lo cuenten, pero según la percepción más extendida, las medidas sutiles de la izquierda, que no sólo contemplan el enfrentamiento directo, son mejor receta que la derecha. Y he aquí el cambio fundamental. Para los dirigentes de la izquierda, llámense Maragall a nivel local o Kerry en el global, cuanto menos cambien los modos, las ideas y las estrategias de la derecha, más probabilidades tendrán ellos de alcanzar el poder o mantenerse en él.